

Cristianismo y sentido de la vida humana

Si la predicación cristiana se convierte en una lista de respuestas a preguntas que nadie hace, dejará de interesar. Nadie se preguntará por la verdad del anuncio cristiano, pues nadie se pregunta por la verdad de aquello que carece de interés. Esto significa que la pregunta por el sentido de la fe cristiana es de importancia decisiva, pues es el paso previo que conduce a preguntarse por su verdad y a su posible aceptación por el hombre. El presente artículo reflexiona sobre las condiciones requeridas para que el cristianismo aparezca como una oferta que llene el corazón del hombre y dé sentido a su vida.

Martín Gelabert *

Induráin y nuestro tiempo

UNO de los periódicos de información general de más tirada en España, dedicó un editorial al tercer triunfo consecutivo de Miguel Induráin en el Tour de Francia. Curiosamente la

* Dominico. Catedrático de la Facultad de Teología de Valencia.

noticia deportiva se convirtió en pretexto para una reflexión de más largo alcance:

«La forma de ganar del gran campeón, su antropología ante la carrera, su geopolítica deportiva, son exactamente las que parecen corresponder al tiempo que vivimos, aquel en el que la liquidación de una gran referencia ideológica adversaria nos priva del vuelo tentador de la utopía, del esfuerzo por establecer una meta, es decir, de saber dónde vamos. De igual forma, Induráin gana sin plantearse ningún más allá, ningún mítico Anquetil al que desplazar, ningún Merckx airado al que batir en su peculiar terreno del derroche, ningún recuerdo del gran Coppi con el que disputarse la memoria.

Muy al contrario, la fuerza tranquila del ciclista español parece decidida a agotarse en sí misma. Como decía hace unas jornadas el filósofo francés Alain Finkielkraut, en este mundo tan densamente contemporáneo «ya sólo se trabaja para trabajar, se investiga para investigar, se piensa para pensar», sin ningún finalismo ulterior al que atender...

Miguel Induráin vence hoy al estilo de una nueva era, en la que los aficionados con memoria harán bien en irse habituando a que el triunfo se explique por sí solo, a entender que el futuro ya no existe, que el glorioso salirse de uno mismo es cosa del pasado» (1).

¿Será el hombre de hoy como un ciclista que no tiene la menor idea de a dónde va, pero desde luego va a toda máquina? ¿Será verdad que en nuestro tiempo ya no quedan utopías ni metas a dónde ir? Si así fuera, nos encontraríamos en un mundo sin fines, sin ningún porqué ni para qué, un mundo sólo de medios. Pero, ¿para qué sirven los medios si no tienen sentido? Dijo Nietzsche: «Quien tiene un porqué para vivir encontrará casi siempre el cómo»; me permito añadir: pero quien sólo tiene cómo encontrará necesariamente el aburrimiento, y con el aburrimiento la muerte, pues aburrirse es aborrecerse a sí mismo. El drama de muchos contemporáneos, de muchas instituciones, es que, más que buscar objetivos que hacen que la vida merezca la pena de ser vivida, buscan que la cosa no vaya a peor», pues se conforman «si se quedan como y donde

(1) *El País*, lunes 26 de julio de 1993, p. 8.

están». Son conservadores, aunque les disguste que se lo digan. Buscan conservar lo que tienen. Y el conservador no tiene futuro.

Y, sin embargo, lo que mantiene y mueve a los seres humanos es la voluntad de sentido, a saber: algo o alguien por lo que uno es capaz de vivir e incluso de morir. Hay que precaverse contra una concepción del sentido de proyección del propio hombre. Sentido «no es sólo algo que nace de la propia existencia, sino algo que hace frente a la existencia. Si ese sentido que espera ser realizado por el hombre no fuera nada más que la expresión de sí mismo o nada más que la proyección de un espejismo, perdería inmediatamente su carácter de exigencia y desafío; no podría motivar al hombre ni requerirle por más tiempo... Yo no considero que nosotros inventemos el sentido de nuestra existencia, sino que lo descubrimos» (2). Por una parte, el sentido «hace frente a la existencia». Pero, por otra, también responde a la existencia. Por eso, el sentido colma la existencia. De ahí que el sentido nunca se encuentra cuando uno se encierra en sí mismo, sino cuando uno abre la puerta hacia fuera y se entrega a la vida, realizando así su propia vocación, la llamada a dar y a darse por alguien (o algo) que, paradójicamente, lejos de quitarnos la vida, nos la otorga con creces.

Sentido es lo que hace a uno capaz de vivir, lo que colma al ser humano, lo que le hace feliz, incluso en situaciones no favorables. De ahí que el hombre, lo sepa o no, está en busca de sentido, de una razón para vivir. Esto se manifiesta no sólo en la cantidad de mujeres y varones que acuden al psicoterapeuta para llenar su vacío existencial, sino también en la entrega apasionada, a veces en exceso, del ser humano hacia personas, objetos o trabajos que sólo momentáneamente calma su pasión. El hombre religioso, sobre todo el cristiano, puede descubrir en ello la huella de una sed nunca calmada, que se encuentra en todo hombre, y que sólo Dios mismo puede llenar.

Cierto, la psicoterapia puede librar al hombre de una dificultad particular. El amor de Dios muestra al que así ha sido liberado una vía final, un sentido total a su existencia. En esta perspectiva Albert Einstein afirmó que un hombre que ha encontrado una respuesta al problema del sentido de la vida es un hombre religioso. Algo parecido dice Paul Tillich cuando ofrece la siguiente definición: «Ser religioso significa plantearse apasiona-

(2) Viktor E. Frankl: *El hombre en busca de sentido*. Herder, Barcelona, 1988, 99-100.

damente la pregunta del sentido de nuestra existencia». Ludwig Wittgenstein escribió: «Creer en Dios significa ver que la vida tiene un sentido» (3). Y en los documentos del Concilio Vaticano II se puede leer: «Los hombres esperan de las diversas religiones la respuesta a los enigmas recónditos de la condición humana, que hoy como ayer conmueven íntimamente su corazón: ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido y el fin de nuestra vida? ¿Cuál es el camino para conseguir la verdadera felicidad?» (4).

El cristianismo, su sentido y su falta de interés

EL mensaje cristiano pretende responder a las más profundas aspiraciones del hombre: «El Señor es el fin de la historia humana, punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la historia y de la civilización, centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones» (5). El cristianismo da sentido a la vida humana, pues ante el problema no resuelto que es para sí mismo el hombre, sólo Dios da respuesta plena y totalmente cierta. Por esta razón «la Iglesia sabe perfectamente que su mensaje está de acuerdo con los deseos más profundos del corazón humano» (6). Cuando la Iglesia transmite el misterio de Dios «descubre al hombre el sentido de la propia existencia, es decir, la verdad más profunda acerca del ser humano» (7).

Ahora bien, si el cristianismo responde a lo que es y busca el hombre, su presentación deberá ir al encuentro del hombre y de su experiencia. Bien presentado, el mensaje cristiano debe despertar un interés sumo. Esto nos hace adivinar que cuando la predicación cristiana deja de interesar o la vida de los cristianos no resulta interpellante, el problema no son los contenidos del cristianismo, sino la manera de presentarlos y de vivirlos. Y esto lo sienten creyentes y no creyentes cuando se preguntan por la relevancia y operatividad de la fe, o cuando critican determinadas postu-

(3) Cf. Viktor E. Frankl: *Ante el vacío existencial*. Herder, Barcelona, 1986, 114.

(4) *Nostra aetate*, 1.

(5) *Gaudium et spes*, 45.

(6) *Gaudium et spes*, 21.

(7) *Gaudium et spes*, 41.

ras o formulaciones eclesiales. Tales críticas suelen estar sustentadas en la implícita convicción de que el «Evangelio de Jesús» es altamente provocador. Lo que plantea problema no son los contenidos del cristianismo, sino los individuos y las instituciones que no responden al reto que su misma fe les plantea. Ya el Vaticano II se vio obligado a reconocer que en la génesis del ateísmo podían estar una mala presentación y una mala vivencia de la fe cristiana (8).

Así pues, el verdadero problema está en la presentación de la doctrina y, sobre todo, en la praxis cristiana. Hasta hace poco se decía que el cristianismo era la religión verdadera. Implícitamente esto suponía que era la única que ofrecía salvación. Hoy, tras el descubrimiento y reconocimiento por parte católica de los elementos de verdad y de vida presentes en otras religiones, hemos sustituido la dura afirmación preconiliar, por esta otra: el cristianismo ofrece sentido a la vida. Pero si esta afirmación no va corroborada experimentalmente por un discurso inteligible que responda de verdad a los interrogantes humanos y, por la constatación de una vida cristiana transformada de acuerdo con lo que suponen las afirmaciones doctrinales, surgirá espontáneamente la pregunta por el tipo de sentido que el cristianismo ofrece a la vida. Aunque sean duras, conviene hacerse estas preguntas: ¿qué tienen que ver con la vida real muchas de nuestras predicaciones?; y, sobre todo: ¿cómo cambian nuestra vida estas predicaciones? O dicho de otro modo: ¿por qué y para qué necesito yo, hombre del siglo XX, a Jesucristo?

Fue esta falta de conexión entre doctrina y experiencia lo que hizo que entraran en crisis los hombres justos del Antiguo Testamento. La doctrina era que Yahveh sanciona el bien y el mal, la fidelidad y la infidelidad, en esta vida, con premios y castigos temporales. La crisis estalla cuando la experiencia no confirma el hecho de que fidelidad a Yahveh y prosperidad personal vayan a la par. Este es el problema que se plantean los realistas sabios de Israel: «Yo tenía entendido que les va bien a los temerosos de Dios, a aquellos que ante su rostro temen, y que no le va bien al malvado, ni alargará sus días como sombra el que no tema ante el rostro de Dios». Hasta aquí la doctrina. A partir de ahí se impone la experiencia que no parece confirmarla: «Pues bien, un absurdo se da en la tierra: hay justos a quienes les sucede cual corresponde a las obras de los malos, y malos a quienes sucede cual corresponde a las obras de los bue-

(8) Cf. *Gaudium et spes*, 19 y 21.

nos». La conclusión ante este contraste no está muy lejos de lo que piensan muchos de nuestros contemporáneos: «Y yo por mí alabo la alegría, ya que otra cosa buena no existe para el hombre bajo el sol, si no es comer, beber y divertirse; y eso es lo que le acompaña en sus fatigas en los días de vida que Dios le hubiera dado bajo el sol» (Ecl 8, 12-15).

La fe cristiana se convierte en pura especulación cuando la afirmación de que ofrece sentido a la vida no va suficientemente acompañada por la práctica creyente. Se da entonces una desconexión entre fe y experiencia (9), que oculta la vida que es y ofrece el mensaje cristiano. «Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10, 10). Pero si en vez de la vida, lo que aparece es una doctrina sin conexión con los intereses profundos que mueven al hombre, que no son otros que la búsqueda de la felicidad, entonces aparece la crisis y la falta de sentido del mensaje cristiano.

La fe como encuentro progresivo

PARA descubrir que la fe ofrece sentido a la vida, lo primero que hay que hacer es entenderla correctamente.

La fe puede entenderse como creencia, como la aceptación de una serie de verdades, a veces incomprensibles, apoyados en una autoridad sobrehumana, que se acepta como suprema, y que no está al alcance de la razón. Entendida así, la fe se hace incompatible con la experiencia humana, pues lo que se sabe «así» no puede verificarse de ningún modo. Sólo cabe la aceptación o el rechazo.

La fe también puede entenderse como un encuentro personal, que abarca a la totalidad de la persona, con su inteligencia, su voluntad y sus sentimientos. Ya no se trata entonces de creer en una serie de cosas o verdades, sino de acoger a una persona. «Yo creo» significa «yo creo en ti, te creo». Así, la fe viene a ser la forma por la que yo tengo acceso a la persona del otro, a su realidad más genuina, a su intimidad más profunda. La fe entonces es respuesta a una oferta de amor. La fe ha entrado en el ámbito de lo personal, de lo vivificador, de lo transformador.

Lo decisivo de la fe cristiana no es tanto el conocimiento que ella aporta, cuanto el encuentro al que ella conduce: un encuentro con Dios

(9) La distancia entre la fe y la vida es el más grave problema de nuestro tiempo, decía Pablo VI (y también lo ha repetido Juan Pablo II).

en Jesucristo. Más que un tener, un saber o un poseer, la fe es un «ser poseído», un «ser apresado por Cristo Jesús» (Flp 3, 12), un ponerse en las manos de Dios, un haberse encontrado con él, compartiendo su intimidad y su vida. Ahora ya se comprende que la fe cristiana es una profunda experiencia que nadie puede hacer por mí. Lo que en realidad hace la predicación es invitarme a que yo realice esta experiencia e indicarme los medios que pueden ayudarme a realizarla (la escucha de la Palabra, la oración, el amor fraterno, la lucha por la justicia, etc.). La predicación cristiana nunca se detiene en sí misma.

Si es correcta, la predicación será siempre una invitación a encontrarnos con Jesús. Y de este encuentro y de esta relación, sólo yo soy responsable. Y sólo a mí se me pedirán cuentas. Esto no niega el carácter comunitario y eclesial de la fe, pues el encuentro con Jesús nunca olvida a los hermanos. Al contrario, me remite sin cesar a ellos. Pero sí que relativiza muchas predicaciones (en el sentido de que son relativas a otro mayor que ellas), y nos orienta hacia el único importante, el sólo necesario: Jesús mismo.

Si la fe cristiana es un encuentro personal, también se comprende que pueda ser un camino. Y todo camino tiene etapas, hay en él paradas, retrocesos, desviaciones, rectificaciones. La experiencia del encuentro con el Señor Jesús suele ser siempre gradual. El Nuevo Testamento distingue diversos grados o etapas en la fe: desde los que tienen una fe negativa o diabólica (Stg 2, 19), o los que no tienen fe, pasando por los que tienen «poca fe», hasta llegar a los que tienen fe. Los primeros discípulos de Jesús pasaron por este proceso: Pedro tuvo una etapa de fe diabólica (Mt 16, 23). María y los apóstoles fueron recriminados en diferentes ocasiones por no comprender nada, por no saber lo que pedían, o por ser incrédulos; y durante un tiempo vivieron como «hombre de poca fe», con muchas dudas y temores. Así se explica que en la hora de la cruz todos huyeron, dejando solo a Jesús. Sólo tras el encuentro con el Resucitado llegaron a la etapa de esta fe que mueve montañas y que transforma a la persona, convirtiéndola en nueva criatura.

En la situación y trayectoria personal de cada creyente ocurre algo parecido. Dios se da a conocer pedagógicamente, respetando la situación y disposiciones del creyente. Como dice Juan Pablo II: «Dios ha pensado en nosotros desde la eternidad y nos ha amado como personas únicas e irrepetibles, llamándonos a cada uno por nuestro nombre, como el Buen Pastor que a sus ovejas las llama a cada una por su nombre (Jn 10, 3). Pero

el eterno plan de Dios se nos revela a cada uno sólo a través del desarrollo histórico de nuestra vida y de sus acontecimientos y, por tanto, sólo gradualmente: en cierto sentido, de día en día» (10).

El encuentro con Dios es una relación de amor. Y toda relación supone un camino y un progreso. Entendida así la fe, se convierte en una experiencia profunda y, por tanto, en una responsabilidad personal.

Jesús y el corazón inquieto del hombre

QUEDA una pregunta por responder: ¿por qué el encuentro con el Dios que Jesús anuncia resulta plenificador y llena de sentido la vida humana? O dicho de otra forma: ¿para qué Dios? ¿No se basta el hombre solo? ¿No es capaz de avanzar en todo lo auténticamente humano sin Dios?

No es fácil responder a estas preguntas, pues el encuentro con Dios cada uno lo expresa según sus peculiaridades, y en cada uno este encuentro se acomoda a sus expectativas (corregidas, eso sí, por la realidad que es Dios). Pero en términos generales (y, por tanto, de una manera abstracta que se concretará en cada uno de forma peculiar), parece posible afirmar que el encuentro con el Dios de Jesús ofrece un sentido pleno a la vida, porque en El encontramos una oferta incondicional de salvación, que responde a los dos grandes problemas, nunca resueltos del todo, que inquietan al ser humano: la falta de amor (con todo lo que ello comporta: falta de paz, de justicia, de solidaridad, etc.) y la presencia de la muerte (en todas sus formas: dolor, enfermedad, etc.).

Inspirándonos en Bloch podríamos decir: cuando todo esté resuelto, quedarán esos dos problemas por resolver. En el «reino de la libertad», donde los procesos de producción y distribución se regulan por sí mismos y donde el ser humano no necesita ya preocuparse de los problemas económicos y sociales porque están resueltos, aparecen, según Bloch, «las preocupaciones dignas de nosotros». En una sociedad igualitaria y fraterna como ésta, es donde se sienten de manera más aguda las situaciones de tedio y hastío y las mandíbulas de la muerte (11). De hecho, el despertar religioso que caracteriza algunos sectores de la modernidad/posmoderni-

(10) *Christifideles laici*, 58.

(11) Cf. Juan-José Tamayo: *Religión, razón y esperanza*. Verbo Divino, Estella, 1992, 291.

dad, no es expresión de la miseria del hombre como pensaba Marx, sino un fenómeno típico de las sociedades evolucionadas del mundo occidental. No es una protesta contra la miseria económica, sino una protesta contra la falta de sentido de las sociedades ricas, que aumentan sin cesar sus medios, mientras padecen una ausencia creciente de fines (12).

Cierto, parece como si muchos de nuestros contemporáneos no se planteasen estos problemas. Quizás sobre ellos cabría decir lo que Unamuno afirma de aquellos que dicen no importarles el problema de la muerte. «Como Pascal, no comprendo al que asegura no dársele un ardite de este asunto, y ese abandono en cosa “en que se trata de ellos mismos, de su eternidad, de su todo, me irrita más que me entenece, me asombra y me espanta” y el que así siente “es para mí”, como para Pascal, cuyas son las palabras señaladas, “un monstruo”» (13).

Vivir humanamente es combatir contra la indigencia, buscando un afecto que nos llene y el retener la vida que se nos escapa. Nuestro corazón está inquieto, en frase de San Agustín, buscando quien lo aquiete, siempre ávido de nuevas sensaciones, preocupado por el qué será de mí. La postura materialista y utilitarista que piensa que el hombre puede encontrar la felicidad en el tener y el consumir, no puede resultar satisfactoria, pues las cosas no están nunca a la altura de lo que requiere un ser personal. Esta postura sería algo así como ganar el mundo entero, pero arruinando la vida (cf. Mt 16, 26). Sólo otro tú puede convenir a lo que ansía el ser humano, pues todas las riquezas de la casa no valen lo que el amor (cf. Ct 8, 7).

De ahí que este hombre que parece haber olvidado las dimensiones espirituales y afectivas de la vida, se encuentra más solo que nunca y trata de recuperar, por todos los medios, esta dimensión perdida de su vida. Junto con el avance de las ciencias positivas, surgen nuevos temores, nuevas neurosis, nuevas supersticiones. Se ponen de moda los pequeños grupos, las dinámicas de grupo, las terapias de grupo. La última moda, que es también el último desafío para la fe cristiana, es el fenómeno de la Nueva Era, la era de Acuario, que busca la salvación en la integración cósmica y el crecimiento del propio yo. Sin embargo, la fe cristiana afirma que la salvación proviene de Otro, del Otro que no soy yo.

(12) Cf. Antonio Jiménez Ortiz: *Por los caminos de la increencia*. CCS, Madrid, 1993, 125.

(13) M. de Unamuno: *Obras Completas*. Escélicer, Madrid, 1966, tomo VII, 133.

En suma, desde perspectivas diversas aparece que la creciente racionalidad de los medios va emparejada con una pérdida de sentido. El hombre parece estar a la búsqueda de formas de vida en las que haya lugar para lo festivo, lo espontáneo, la comunicación, lo no funcional. Precisamente, esta falta de funcionalidad viene a ser lo auténtico de la religión. En este terreno del amor es donde hay que situar la necesidad de Dios. Con él, no se solucionan mis necesidades materiales. Pero con Dios puedo enfrentarme con ellas sin que me hundan. Y sobre todo, Dios es el único que puede llenar y aquietar mi corazón, si es verdad que Dios es Amor incondicional que quiere darse al hombre. Y puesto que el amor es lo más humanizador, Dios es necesario para vivir humanamente en este mundo (y no únicamente para la sobrevivencia).

El otro gran problema que se le plantea al hombre es el de la muerte, consecuencia de su finitud. Es conocida al respecto la reflexión de E. Tierno Galván: «yo vivo perfectamente en la finitud y no necesito más» (14). Es enfermiza «cualquier insatisfacción de lo finito en cuanto tal» (15). Por tanto «no hay nada más humano que mejor defina la finitud que perecer. No hay nada que más contradiga al hombre y a su finitud esencial que la sobre vida u otra vida» (16). Lo peor de estas palabras no es el conformismo que rezuman, sino su ingenua ahistoricidad y su absolutismo acrítico. Por una parte, sostener que la finitud es aproblemática y satisfecha equivale a cerrar voluntariamente los ojos ante el problema del dolor y de la injusticia. ¿De qué finitud habla Tierno? ¿De la de los marginados y hambrientos, o de la de los hastiados y aburridos? Por otra, deducir de la finitud que el futuro del hombre es el perecer, la liquidación absoluta, es cuando menos opinable, pues también aparecen en el hombre signos y deseos de trascendencia.

Que el hombre no se conforma con lo finito nos lo recuerda otro español, Miguel de Unamuno, cuando exclama: «Con razón, sin razón o contra ella, no me da la gana de morirme... Como no llegue a perder la cabeza, o mejor aún que la cabeza, el corazón, yo no dimito de la vida; se me destituirá de ella» (17). Es esta no conformidad con lo finito lo que

(14) E. Tierno Galván: *¿Qué es ser agnóstico?* Tecnos, Madrid, 1982, 15. También p. 16, 17 y 35: ser agnóstico es no echar de menos a Dios; «no echar de menos» quiere decir que hay una integración perfecta con lo finito.

(15) *O.c.* en nota 14, p. 51; cf. p. 82.

(16) *O.c.* en nota 14, p. 85; cf. p. 127: «salvarse significa identificarse con el sentido del mundo, es decir, con la finitud».

(17) *Obras Completas*. Escélicer, Madrid, 1966, tomo VII, 186.

hace que Unamuno sienta la necesidad imperiosa de Dios (18). Y de que lo finito no resulta satisfactorio tenemos un testimonio elocuente en los «últimos» filósofos españoles que prescinden por completo del problema de Dios y sin embargo escriben: el agnóstico «permanece insatisfecho, irreconciliado con un mal mundo» (19), «el furor del querer no puede ser obturado, aquietado por ninguna cosa, por ningún proyecto, por ninguna identidad... El querer consiste precisamente en ser lo que no es, es aspirar a ser, negando lo que se es» (20). Si la insatisfacción ante lo finito es enfermiza, como dice Tierno Galván, no cabe duda de que el hombre es un ser irremediabilmente enfermo, un enfermo que no se contenta con tranquilizantes que le hagan olvidar su enfermedad, sino que desea saciar su sed de infinitud.

Sólo si Dios existe puede el hombre encontrar respuesta satisfactoria a sus últimas preguntas y esperar una solución a su hambre de eternidad. Si hay algo de lo que parece convencido el hombre de hoy es de que el mundo no es capaz de satisfacer su deseo de ser feliz. De ahí que hable del fin de las utopías y de vivir el momento presente, fruto de la decepción ante la modernidad que no ha sabido mantener sus promesas. Pero demasiadas veces, y a pesar del aturdimiento del presente, surge la angustia por el futuro. Sólo con el Dios de la vida sería posible la esperanza de vida. En el contexto de la comunión entre Dios y el hombre tiene sentido hablar de victoria sobre la muerte y de salvación definitiva.

Pero el cristiano afirma que Dios también es necesario para encontrar la plena estabilidad humana en este mundo. Lo que con Jesús se manifiesta es que Dios nos llama a vivir y a vivir plenamente. Y que no hay vida auténtica fuera de la referencia a Dios. Y esta referencia, para nosotros hombres del siglo XX, es el interrogante fundamental que Jesús nos plantea. Lo que desea cada uno, al final, es «vivir». Incluso el suicida sueña con una vida auténtica y mejor: no desea destruir la vida, sino *esta* manera mediocre y deprimente de vivir. Pues bien, en el acontecimiento de Jesús «la Vida se manifestó» (1 Jn 1, 2) en el aquí y ahora, de modo que ya hoy es posible «tener la luz de la vida» (Jn 4, 5-18). Ante las soluciones parciales, como la fama, los hijos, el marido, el agua (Jn 4, 5-18) o el pan (Jn 6, 27), al creyente se le presenta algo duradero y permanente ya desde ahora,

(18) Cf. M. Gelabert: *Dios, exigencia y pregunta del hombre según Unamuno*, en RAZON Y FE, 1986, 159-170.

(19) X. Sádaba: *Saber vivir*. Ed. Libertaria, Madrid, 1985, 99.

(20) F. Sabater: *Invitación a la ética*. Anagrama, Madrid, 1983, 25.

a saber, vivir la vida de Dios, pues «ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo» (Jn 17, 3).

Este Dios de Amor y de Vida, vencedor de la muerte, es el que Jesús ofrece. De ahí que el mensaje de Jesús, si es anunciado correctamente, puede despertar un interés sumo, puesto que va al encuentro de lo que todo hombre busca. Por eso mismo, su anuncio resulta sumamente creíble. No tanto por lo que antiguamente se pensaba: los milagros y el cumplimiento de las profecías, sino por la manera como Jesús lo propone y lo vive. Si sólo el Amor es digno de fe, es razonable y creíble estar atentos, abiertos, receptivos ante aquellos signos que parezcan portadores del amor más grande. Lo más razonable, lo más creíble es la figura que pasa por el mundo haciendo el bien y levantando al hombre de su más honda y doble opresión: la falta de amor y la frontera ominosa de la muerte. Si un hijo de hombre, si una figura real y humana, pasa por el mundo con la pretensión que viene de parte de Dios mismo para liberar al hombre del error, del pecado y de la muerte, y vive una suerte de existencia entregada que avala esta pretensión, es sumamente razonable escuchar a ese hombre y sumamente creíble escuchar su palabra que se afirma como anticipadora de la vida eterna en el hombre (21).

(21) Cf. J. M. Rovira Belloso: «La imposible reducción de la fe a la cultura», en *Escritos del Vedat*, 1990, 69-70.